

BIBLIOGRAFIA

Obras recomendadas para el desarrollo socioeconómico de España

Dos libros para reflexionar y hacer más operativa la decisión por un determinado sistema económico*

Entre las directrices generales para la política de desarrollo del II Plan leemos en la que tiene el número dos lo siguiente: "se tenderá a fortalecer el funcionamiento del mercado como mecanismo rector de la actividad económica".

En realidad esta directriz no ofrece ninguna novedad, pues no hace más que repetir "uno de los criterios básicos de la política económica española" a partir del Plan de Estabilización: el "generalizar un sistema en que el mercado determine la evolución de la economía" (texto del I Plan de Desarrollo, pág. 27).

El que se repita el mismo propósito después de examinar los resultados del primer cuatrienio del Plan y al programar la nueva fase puede significar, por una parte, la firmeza de la decisión de la autoridad económica de establecer tal sistema y, por otra, las dificultades que encuentra en la práctica para su implantación.

Si del análisis de las normas programáticas pasamos, sin embargo, al de los hechos procedentes de la misma autoridad, encontramos serios motivos para dudar de la firmeza de tal decisión. Al presentar en el número anterior de esta revista la obra de Tamames sobre "La lucha contra los monopolios" tuvimos ocasión de analizar las omisiones constatables en uno de los aspectos más importantes para la política de ordenación de una economía de mercado. Hechos posteriores, como el Decreto del 26 de octubre de 1966, sobre ordenación de precios —la medida más "informe" con el sistema de mercado—, las presiones más o menos explícitas en las Juntas de accionistas para que se frenen autoritariamente las subidas de salarios y la constante insistencia de los grupos interesados en mantener el proteccionismo aduanero, demuestran unas vacilaciones por ambas partes, administradores y administrados, que comprometen radicalmente la operatividad de la decisión.

En estas circunstancias y ante la preocupación por conseguir en el próximo cuatrienio una mejor coordinación entre los sectores que determinan la actividad económica encontramos en la obra de George N. Halm, "Sistemas económicos", sugerentes reflexiones para fundamentar una decisión que permita a nuestra política económica superar ese intervencionismo caótico que imposibilita todo progreso coordinado.

* *Sistemas económicos*, George N. Halm, Ediciones Rialp, Madrid, 1964. *Economía dirigida y economía de mercado*, Alfred Müller-Armack, Sociedad de Estudios y Publicaciones, Madrid, 1963.

La obra de Halm es, ante todo, realista, propiedad esencial para que un estudio comparado de los sistemas económicos sea práctico. "He llegado a la conclusión —nos dice en el prólogo a la segunda edición inglesa— de que, en los países desarrollados de Occidente, está anticuada la vieja controversia entre socialismo y capitalismo. Tenemos que utilizar el mecanismo del mercado, pero debemos regular la economía para alcanzar objetivos, tales como una distribución más equitativa de la renta, niveles altos de empleo, estabilidad monetaria y comercio multilateral" (edición española, pág. 9). Los detalles de cómo deba hacerse tal regulación no entran, según el autor, en el estudio de los sistemas comparados, que él se propone presentar, pero considera absolutamente esencial un análisis comparativo de este género "como base para la selección de objetivos y medidas compatibles" (pág. 10). Lo primero es la decisión entre planificación totalitaria y una economía de mercado sustancialmente libre, pero regulada para determinados procesos, y después "podemos dedicarnos a la tarea de descubrir cuáles son las regulaciones e instituciones que se ajustan a la naturaleza de la economía de mercado y evitar los peligros del totalitarismo" (pág. 10).

En la parte introductoria expone el autor brevemente los criterios metodológicos, con los que pretende garantizar la objetividad de sus reflexiones y muestra su sentido ponderado para evitar, lo mismo el pesimismo de los que no se prometen nada de un estudio de sistemas por la inevitable imperfección de todo intento sistematizador —peligro que al parecer acecha a bastantes de los españoles—, que la utopía de los liberales al querer trabajar con modelos que omiten datos esenciales en el proceso social.

Halm se declara abiertamente keynesiano (pág. 27), lo cual tampoco está de más advertir en nuestros ambientes, donde no es raro oír opiniones que dan a entender que es incompatible el keynesianismo y la economía de mercado.

Seguidamente se propone un primer acercamiento descriptivo a los dos sistemas que entre sí son irreconciliables: la economía planificada centralmente, caracterizada porque la decisión económica es atributo exclusivo de la autoridad, y la economía de mercado, en la que el poder de decisión se distribuye en una multitud de sujetos e impera lo que se ha llamado "soberanía del consumidor". Como se trata de modelos abstractos, el autor tiene buen cuidado de advertir que ni en Rusia ni en ningún país occidental pueden encontrarse realizadas estas formas "puras" de organización.

Con más detalle se analiza en la parte segunda el capitalismo, entendiendo por tal la economía libre de mercado. La reducción de un proceso sociológico tan complejo a su dimensión económica parece poco feliz porque, aparte de su imprecisión, supone cargar a una organización edonómica, que en sí podía ser socialmente neutral, con toda la ociosidad que lastra a dicha expresión. El mismo autor reconoce (pág. 355) la tendencia actual a no llamar capitalismo a la economía de mercado.

Sin vacilación admite que, por motivos estrictamente económicos, es decir, desde el punto de vista de la productividad, no se puede demostrar la ventaja del sistema capitalista sobre el comunista (págs. 70, 75, 135 y 277), y fundamenta sus preferencias por el primero en un juicio de valor a favor de la defensa de la libertad. Tal afirmación no presupone, sin embargo, desconocimiento de los fenómenos que hacen problemático el ejercicio de esa libertad por la tendencia a la concentración monopolista, por las desigualdades en la distribución de la renta—que considera necesarias en una aceptación muy poco matizada de la ley psicológica de Keynes—, por la actuación monopolística de los sindicatos y por la falta de planificación que es causa de paro (páginas 133-134), que con frecuencia sólo puede ser superado al precio de la inflación (págs. 150, 287).

En la parte tercera hace un estudio análogo del marxismo como sistema económico. Distingue con acierto la crítica que hizo Marx a la economía capitalista—y que contiene muy pocas aportaciones positivas para organizar un sistema económico—de los esfuerzos posteriores por la estructuración de una economía socialista. En la organización económica del socialismo diferencia a

BIBLIOGRAFIA

su vez dos tendencias: la del socialismo liberal, que estudia en la cuarta parte, y la del socialismo autoritario, que se caracteriza por la planificación central y se ha concretizado en dos variantes históricas: la Rusia soviética y la Alemania de Hitler.

"A este lado del telón de acero, no existe ninguna economía socialista liberal planificada centralmente, y fuera del bloque comunista, ninguna economía industrial se ajusta a las definiciones del socialismo que encontramos en la literatura socialista" (pág. 216). Para aclarar el contenido de estas afirmaciones, en aparente contradicción con la experiencia del socialismo escandinavo, del socialismo árabe y de otras formas afines, intenta Halm, en las páginas 220-228, aclarar la confusa terminología existente entre los conceptos de capitalismo liberal y socialismo liberal; entre capitalismo liberal y el capitalismo autoritario (fascismo), y entre el capitalismo autoritario y el socialismo autoritario (comunismo). Discutible parece que la literatura socialista centroeuropea esté de acuerdo en proponer la propiedad colectiva de los medios de producción como nota específica del socialismo incluso liberal (págs. 227, 272). Halm no desconoce la evolución del socialismo ni su movimiento de convergencia, paralelo al que se registra también en el capitalismo (pág. 355), pero prefiere mantener unos esquemas que hacen más fácil la sistematización.

Con la misma objetividad con que analizó las dificultades inherentes al sistema capitalista, propone el autor los problemas económicos del sistema socialista: asignación de factores de producción para su óptima utilización y sustitución de la función del tipo de interés como control calculatorio. Desviaciones, no necesariamente condicionadas por la organización económica, pero muy relacionadas con ella, pueden ser también el peligro de burocratización, un monopolismo de hecho al servicio de intereses particulares y un pleno empleo a costa de la estabilidad monetaria, con sus consecuencias para el bienestar.

En el estudio de los problemas económicos de la planificación central, además de su realización ortodoxa en la economía soviética, se proponen también las tendencias descentralizadoras de los sistemas económicos de Polonia y Yugoslavia. Dignas de especial atención para nuestra empresa del desarrollo son las reflexiones sobre la eficiencia y los costes de un desarrollo al modo soviético (pág. 334). Para el caso de España, quizás tienen todavía un mayor valor ilustrativo las reflexiones sobre los controles y sus consecuencias en una economía de "administración centralizada" como la de Hitler (pág. 352).

Lo más interesante para el momento actual de España es, sin embargo, la sexta parte. Para estudiar las soluciones históricas que se han experimentado para resolver el dilema libertad y planificación, contraponen Halm las experiencias del laborismo inglés con la economía social de mercado de Alemania, a la que identifica, precisando muy poco, con el neoliberalismo (pág. 367).

La mayor coherencia del sistema alemán sobre el inglés, su mayor eficiencia en la asignación de los recursos productivos y sus posibilidades de creación masiva de puestos de trabajo sin comprometer la estabilidad monetaria, parece que nos podrían ofrecer una fórmula operativa para remediar en el próximo cuatrienio los fallos que han hecho tan problemáticos los resultados del I Plan. Halm hemos dicho que siempre es realista, y por eso recomienda de un modo especial a los países subdesarrollados esos sistemas mixtos que integran correcciones al mecanismo del mercado, que, por otra parte, son necesarias incluso en las circunstancias de funcionamiento normal de mercado en los países industriales.

Un equilibrio entre los controles que propone la economía del bienestar anglosajona y la fe de los neoliberales en el mecanismo del mercado es el sistema que se recomienda en esta obra (págs. 410, 421). Esto fue precisamente lo que se propuso Keynes, cuyo objetivo era precisamente salvar el mercado y por eso recomendó acudir a controles, pero dando la preferencia a los de tipo indirecto (págs. 419-420), los "conformes" con el mercado, que dirán los neoliberales.

Por su aportación en orden a clarificar las ideas sobre puntos tan decisivos y confusos en nuestro desarrollo es por lo que estimamos que esta publicación

puede ser especialmente provechosa en el momento actual de nuestra política de desarrollo.

* * *

Como complemento a la lectura de Halm ayudaría mucho a penetrar en el significado de la economía social de mercado el libro de su principal teorizante Alfred Müller-Armack, *Economía dirigida y economía de mercado*.

Su oportunidad para el momento actual de la coyuntura española se debe, según nuestra opinión, a la importancia que su autor atribuye a la decisión por un determinado sistema económico. "La formación de un nuevo orden económico debe ser la meta de la política económica del porvenir", nos dice en el preámbulo a la primera edición alemana, fechada en diciembre de 1946 (traducción española, pág. 53). Y más adelante considera como problema fundamental de la política económica alemana en aquellas fechas, salir de la situación caótica de programas de emergencia y acciones de ayuda, haciendo claridad "a partir del supuesto previo de una decisión sobre el orden económico a constituir, antes de iniciar toda construcción positiva" (pág. 121); pero advierte que "el restablecimiento de la economía de mercado sólo puede efectuarse mediante una acción extremadamente radical" (pág. 220), que crea las condiciones previas que posibilitan la cooperación económica y son de carácter cultural, político, económico y de organización industrial.

La idea de que esta publicación sobre los fundamentos teóricos de la economía social de mercado pueda servir para orientar los derroteros de la política económica española está también insinuada en el extenso prólogo con que el profesor Ramón Trías Fargas presenta la edición española. Si bien es verdad que el tono con que se describe el marxismo resulta excesivamente polémico, hay que agradecer la claridad conceptual con que en esta síntesis introductoria se expone la esencia de la economía social de mercado, que, a su vez, es presentada como solución contrapuesta al marxismo. Perfilando los conceptos de neoliberalismo y economía social de mercado, queda superada la confusa identificación (págs. 29, 34-35) que advertimos en Halm. Con mucho realismo se reconoce la imprecisión del concepto de economía social de mercado (pág. 36) y los fallos en la realización de un programa social que pasó a ser la preocupación más acuciante del Gobierno de Erhard en los últimos años de su mandato.

El escrito de Müller-Armack es menos imparcial que la obra de Halm. El autor no pretendía informar sobre las alternativas de elección, sino mover en una dirección determinada a una opinión fuertemente indisputada contra la economía de mercado (págs. 122-123). Su argumentación tiene hoy, después de veinte años de experiencia, una fuerza mucho más persuasiva que las razones teóricas con que entonces la apuntaló su teorizador.

La obra se divide en dos partes, en las que se contraponen la "comprobación práctica de la economía dirigida" y la "economía social de mercado". Al hablar de "economía dirigida" se refiere al sistema económico del nacionalsocialismo, lo que Halm ha denominado, con una terminología más actual, "planificación central de un capitalismo autoritario".

Para Müller-Armack los impugnadores de la economía de mercado comparan una construcción teórica de lo que podría ser una economía dirigida con las catastróficas experiencias de la economía de mercado, que pareció hundirse para siempre con la crisis de 1929. Su primer objetivo será, pues, comprobar por su parte las no más logradas realizaciones del dirigismo. Si hoy necesitara luchar de nuevo contra un ambiente hostil a la función organizadora del mercado, podría presentar una comprobación fáctica de lo que puede conseguir un sistema de mercado con una política económica que se alejó decididamente de la ideología del liberalismo arcaico. No necesita hacerlo en su patria porque la experiencia ha hecho que los mismos socialistas sean en la actualidad defensores de la economía de mercado, como lo demuestra, de manera inequívoca, su actual Ministro de Economía, profesor K. Schiller.

Siguiendo la fecunda tradición de los grandes economistas alemanes, Müller-Armack no olvida nunca el dato sociológico en sus análisis económicos. En la

BIBLIOGRAFIA

decisión por un sistema económico no pueden barajarse únicamente criterios cuantitativos (págs. 63, 117, 124-125, 127). Ya advertimos que el mismo Halm, a pesar de moverse en un plano más estrictamente económico, fundamenta la decisión por la economía de mercado en la defensa de la libertad. El pueblo alemán, dando prueba de ser una sociedad integrada a pesar de la catástrofe de la guerra, tenía unanimidad en el momento de determinar sus objetivos fundamentales para el quehacer social, y por eso su decisión a favor de un orden económico era una cuestión técnica (págs. 128-129). El sistema de mercado es considerado por Müller-Armack como un instrumento para asegurar la realización de objetivos de un orden superior (pág. 152).

Aunque con la economía social de mercado se pretende buscar una solución intermedia entre liberalismo y dirigismo (págs. 118, 154), no puede disimular el autor su tendencia a aminorar la responsabilidad del liberalismo en los conflictos sociales del siglo XIX, aunque para ello no puede ofrecer pruebas históricas convincentes (págs. 60, 145). Muchos de los fracasos de la economía de mercado se han de atribuir, según él, precisamente a un intervencionismo que no tomaba en consideración las leyes específicas del mecanismo del mercado (págs. 58, 148), de aquí la importancia que tendrá definir lo que se entiende por "medidas conforme a mercado" (pág. 156).

La necesidad de una política económica activa que no sólo se limite a impedir la formación de monopolios, sino que corrija también las deficiencias en la formación de rentas y que configure el orden social que no puede resultar automáticamente de la competencia como principio de organización, es la gran aportación de la economía social de mercado frente a todos los residuos paleoliberales (págs. 150-151) de algunas tendencias afines a estas ideas.

Creemos, pues, que la lectura de este libro, si se tiene en cuenta la fecha de su composición, cuando no se conocían otras experiencias de planificación que las de los Estados totalitarios y estaban patentes las consecuencias políticas a que condujo el fracaso de la economía liberal de mercado, puede estimular a emprender la acción eficaz necesaria que cree las condiciones sociológicas, económicas y organizativas imprescindibles para la estructuración del sistema socioeconómico postulado en nuestra política de desarrollo.

EUGENIO RECIO

DESARROLLO ECONOMICO

EDWARD NEVIN: «Fondos de capital en los países subdesarrollados». Fondo de Cultura Económica. 152 págs.

El desarrollo económico requiere mucho más que la mera aportación de capital; exige un mínimo de cualidades naturales, una fuerza de trabajo bien preparada, sana y móvil; un número adecuado de gente de empresa, ingenieros, maestros y administradores; el acondicionamiento del ambiente general de forma que en él pueda desenvolverse el proceso de crecimiento de la economía. Sin embargo, la escasez de capital está, en último término, en el origen de muchas de estas necesidades, y su disponibilidad es una de las claves esenciales para la solución del problema.

En él se centra el libro de Nevin. ¿Cómo aumentar el volumen de las aportaciones de capital a los países pobres? ¿Cómo crear la estructura base de un sistema financiero y de crédito eficiente al servicio del despegue económico en los países atrasados?

Vierte Nevin en este libro las reflexiones de dos años de experiencia al servicio del Gobierno de un territorio perteneciente a la Comunidad Británica de Naciones. Por eso, algunas de las medidas de política monetaria que propone se refieren directamente a los países, antiguas colonias de Inglaterra, pertenecientes al área de la esterlina. Pero lo que se afirma de las colonias